

**OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILIA DEL SR. ARZOBISPO. 14/01/2018**  
**Clausura de las 6ª Jornadas de Pastoral. Homilía II Domingo del Tiempo Ordinario**

La llamada de Dios, su encuentro con nosotros en Cristo Jesús, que nos concede participar en su misión de salvación: He aquí las propuestas de la Escritura, la Palabra de Dios en este domingo, en que terminamos las VI Jornadas Pastorales Diocesanas. En ellas hemos visto y considerado nuestra responsabilidad en algo tan importante como es la educación cristiana de las generaciones que llegan a la Iglesia; una educación entera, sin parches, como vía para conseguir la libertad, que es respuesta a un Dios creador y salvador, en vidas plenas, sin ese rompimiento entre lo privado y lo público, entre lo “espiritual” y la carne de nuestra humanidad redimida por Cristo.

Comentada san Pedro Poveda en su Diario (I, p. 31): “Tengo ya cuarenta y un años cumplidos y sé por experiencia que ni valgo nada ni puedo nada. Así como también la experiencia me enseñó que con el favor de Dios hice prodigios y realicé cosas admirables”. Llamativa paradójica de la vida de cualquier cristiano que desee ser discípulo de Jesucristo y tomar parte en los trabajos del Evangelio. Este santo escribe en 1916, en plena I guerra mundial. Él está viviendo la suya, esa que se hace a fuerza de fe, a fuerza del mayor sacrificio, a fuerza de esquivar el cansancio cuando cae sobre nosotros. Es la guerra que tú y yo tenemos, la que no termina nunca, la de los hombres y mujeres entregados a la locura de la transformación de los espíritus.

Tal vez también a nosotros, a estas horas de la vida, la experiencia nos ha enseñado ya lo que todos aprendemos algún día: que podemos poco. Pero también es bueno que aprendamos esta otra, ahora o algún día los que sois más jóvenes: que con Dios se hacen cosas admirables. La primera de todas, como los dos apóstoles, empezar.

Queridos hermanos: la guerra del renacimiento de sí mismo y del renacimiento de los otros, no se hace a golpes de espada, ni siquiera a golpes de excomunión, sino por el proceso lento de la caridad, haciendo un pacto, eso sí, con la verdad de uno mismo y con la verdad de Dios.

Queridos hermanos: nuestra generación, como otras que en el mundo católico ha sido, se encuentra en contraste con el medio ambiente imperante. Nos fijamos, pedagógicamente, en la generación de católicos europeos que vivió los años trágicos de la I guerra y su postguerra en el viejo continente. A ella pertenece Pedro Poveda y Giovanni Papini y G. K Chesterton y otros muchos. Es la línea contraria a la desesperación de la “generación perdida” que sólo se quejaba y se desesperaba. Curiosamente, los primeros, todos ellos tuvieron por el contrario para el mundo que les tocó vivir una mirada de esperanza, llena de cálida y reposada mesura; y en nuestro Santo, Pedro Poveda, una mirada ajena a la desesperación y la presunción, esos dos fallos grandes del espíritu humano, tan alejados de la paciencia que salva al mundo. Y tan alejado al Dios que no tiene prisas y espera.

Y esto fue una gran ventura para el mundo de entonces. Porque muchos católicos de aquel momento no habían renunciado a guardar en el corazón el deseo de santidad. No habían hecho todavía esa “gran traición a Dios y al mundo”, como confesaba J. Maritain (El campesino de Garona, Bilbao, Desclée 1967, p. 94).

El corazón humano de entre esas dos guerras mundiales necesitaba maestros para todo, porque todo había cambiado radicalmente, incluido “los cambios de espíritu”. En esa gran crisis se necesitaba, más que nada, de la humilde pedagogía de lo cotidiano que consiste en valorar lo que se posee de esencial y en guardar lo que no debe perecer, pero levantando la cabeza al eterno frescor de cada nueva aurora. Era precisa una gran atención a la vida, a todo lo que nacía y crecía con el nuevo momento, sin necesidad de rectificarlo después. Fidelidad elemental, pero difícil.

El mundo que surgía de la postguerra de 1914 afirmaba sobre todo antagonismo de los valores religiosos, característico ya de fines del XIX. Lo “profano” se imponía implacablemente a lo “sacro” y parecía arrollarlo definitivamente. Los periódicos, los libros, la propaganda de los partidos políticos, la asistencia social, el pensamiento científico, la escuela pública, la democracia, el estatismo, todo acusaba el desfallecimiento de la idea cristiana en la Europa de aquella postguerra. ¿Les suena?

Durante ese tiempo la iglesia vive en estado de tensión. Tensión con el Estado, cuya influencia enorme se hace sentir en todos los órdenes y que reivindica con celo extraordinario no ya su autonomía en todo lo temporal, sino la garantía de su marco en todo lo que toca. Tensión en sus relaciones con la ciencia y con la cultura que elige sus propios ídolos al margen del cristianismo o contra él. Tensión entonces con el “sagrado egoísmo nacional” del momento al que se opone el espíritu universalista de la Iglesia. Todo se había quedado, pequeño, insuficiente. En España también se agudiza la tendencia a la secularización de las instituciones y de la vida. Existe una flagrante contradicción entre la apariencia católica del país y la realidad social. Se elaboran las fórmulas de una cultura y de una pedagogía ajena al espíritu cristiano, y que buscan al niño, a la juventud, a la mujer, y bajo este signo se elaboran los proyectos oficiales de enseñanza en todos los niveles. No pienso que haya que buscar comparaciones exactas con el momento actual, porque la historia, aunque se parezca a lo ya acontecido, no se repite. Pero me interesa subrayar que en las situaciones que afectan a toda una colectividad es más fácil eludir responsabilidades que asumirlas. Esa es nuestra tentación como Iglesia toledana. Y cuando la situación creada afecta a niveles estructurales que rebasan, por ello mismo, las posibilidades del individuo aislado, nunca faltan motivos que avalan como razonable la inhibición.

Solo ciertos hombres y mujeres excepcionales, o con ideas claras de lo que hay que hacer, se sienten capaces de reaccionar ante la fuerza de las cosas. Misteriosamente guiados por el Espíritu descubren que hay un resquicio para su libertad de acción en lo aparentemente posible, y se sienten lanzados a asumir esa responsabilidad propia de padres, maestros, educadores, guías de grupos. Tal vez entre vosotros están ese tipo de hombres y mujeres, que aman la libertad, la humanidad, la educación libre y liberadora, la ayuda absolutamente necesaria de la gracia de Dios, en Cristo, la fuerza del Espíritu Santo para proponer, dialogar y hacer crítica a lo que, desde el humanismo cristiano es difícilmente tolerable. Este Dios, manifestado en Cristo, acompaña nuestras vidas, les da sentido, les impulsa. Cuando san Pedro Poveda comenzó a actuar, muchos hombres y mujeres como él estaban puestos en la tarea por Reino de Dios en corazón del mundo contemporáneo. Desde el momento de las grandes individualidades de fines del siglo XIX, hasta la hora de los movimientos, de los grupos del siglo XX que,

escriben, por ejemplo, la miseria de los obreros, la necesidad e la intervención en política al servicio de la fe, los problemas de recristianización de masas o la obligación de la acción sindical: todo eran tareas necesarias. La de san Pedro Poveda no se llevó a cabo por las armas de la controversia, de la apologética o de la conquista de las estructuras. Él buscaba vivir “lo sacro” en lo desacralizado y profano, al modo de los primeros cristianos. En medio de las mismas condiciones en que la época se desenvolvía.

Este maestro, este pedagogo, este educador sentía la responsabilidad de ese mundo contemporáneo que se está haciendo ante sus ojos. Le inquietaba que, por un pecado de evasión/omisión, más alejado que nunca de lo trascendente, los cristianos no intervinieran en los cauces de la educación, que la técnica y el progreso brindaban a los hombres de su tiempo. El deber de la presencia cristiana en el mundo que para él algo más que un interés vivido personalmente; quería que fuera tarea de todos, de la comunidad cristiana, por el bien de la propia comunidad y de la propia sociedad en la que vivía.

Lo nuestro no es normalmente la lucha política de partidos. Nos interesa la persona humana, pero sobre todo su dignidad. ¿Tenemos que permanecer indiferentes ante los enormes retos que la educación de la generación actual presente? Juzguen ustedes. Yo considero que no sería un ejercicio de caridad. Pido por la iglesia toledana, por la iglesia en España, por la Iglesia Universal. El Espíritu Santo nos adentrará en buscar el bien no solo personal e individual; también el bien común. Santa María nos sostenga en la lucha por el Evangelio en el testimonio cristiano.

+Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo